

Un instante después volvía sorprendido, pero no irritado, diciendo:

— La puerta que va á la escalera está cerrada con llave.

Celia palideció intensamente.

— ¡Oh, Anita! — exclamó. — ¡Qué fatal idea!

Enrique comprendió, por la sorpresa y el pesar de la joven, que no era cómplice de aquélla.

— Ya ve usted que no es culpa mía si la molesto con mi presencia.

Celia le señaló el balcón.

— ¡Oh! ¡Un piso segundo!

— ¡Es verdad!

Celia se dejó caer sobre un diván y ocultó el rostro entre sus manos por no ver á Enrique.

.....
 ¿Se reconciliaron en aquella noche de mutua prisión? Del fuego siempre quedan rescoldos prontos á incendiarse. ¡Y luego, el *champagne* seguía retozando de las venas al cerebro de Enrique, y era Celia tan bonita!



Mi hermosura me hará triunfar

BLANCA

Blanca era una preciosa niña de rostro perfecto, de encantadora figura, de hermosura, en fin, tan irreprochable y completa cual jamás la mente más creadora pudo soñar la física perfección.

Como acabado tipo de la suprema belleza, Blanca era admirable; pero la pobre niña tenía un defecto, casi siempre anexo á la arrebatadora hermosura, que sus encantos obscurecía: enamorada de sí misma, el mundo le parecía pequeño para darle admiradores; creía á todas las criaturas nacidas para adorar sus encantos, y rendía ciego culto á un ídolo que veneraba: su hermosura.

Dios, que en su infinita sabiduría niveló tan perfectamente la admirable obra de la creación, repartió entre sus criaturas con exquisita equidad las cualidades y los defectos á fin de que á todas tocara algo, y puso en unas la hermosura, en otras la gracia, en éstas la inteligencia, en aquéllas la bondad; pero junto á grandes cualidades puso grandes defectos para que no existiera la absoluta perfección, y dió á la deslumbradora hermosura como compañeras casi inseparables la vanidad y la indiferencia.

Aunque esta regla tiene, como todas, excepciones, á Blanca la cogía de lleno.

Aprendió á hablar diciendo á cuantos la preguntaban: «¿Quién es la niña más hermosa del mundo? — Yo sola.» Pasó los primeros años de su infancia arrullada por los elogios más exagerados de su familia, y en particular de su imprevisora madre, que le repetía cien veces cada día, apretándola contra su corazón: «¡Hermosísima, divina, hechicera! ¡Cuántos hombres se van á volver locos por ti! ¡Qué pronto te arrebatrán de mi lado! ¡Tú serás poderosa y admirada!»

Tan ciego cariño fué depositando en aquel tierno corazón la semilla que había de producir la más loca vanidad.

Llegó la época de instruirse, y ni maestros, ni institutrices, ni padres lograron que aprendiera nada ni tuviera á nada afición.

Ella estaba convencida de que brillaría aun siendo ignorante, de que su hermosura la haría triunfar siem-

pre, y cuantos esfuerzos hicieron para que uniera la instrucción á la belleza se estrellaron contra su firme voluntad. No quería obscurecer su hermosa frente con la sombra de la meditación; opinaba que su lindo talle perdería su esbeltez inclinado sobre el libro, y rechazando todo estudio, creció sin que el poder de la inteligencia, desarrollada por la reflexión, contuviera las exageraciones de su ciego amor propio; sin que la voluntad, ilustrada por sabias enseñanzas y ejemplos prácticos de la vida, dominara los efectos de su necia vanidad, y á pesar de su buen corazón y generosos instintos, la niña hechicera se fué haciendo insufrible, la admirada beldad se tornó antipática y repulsiva.

Blanca empleaba el tiempo que debía dedicar al estudio en revolver el colegio y no dejar parar á sus compañeras, y los ratos de recreo y solaz en armar camorra con todas y pelear, con una firmeza digna de mejor causa, por llevar siempre la voz cantante, por ser la presidenta de la infantil asamblea. Se mostraba enemiga irreconciliable de toda la que fuera bonita ó tuviera cualidades por las cuales pudiera disputarle el cetro que tan autocráticamente empuñaba, y las envolvía en esas pequeñas intrigas de colegio que creemos tan graves en los primeros años de la vida.

De esta manera, Blanca, que había sido muy querida, fué detestada por todas sus compañeras, cansadas de sufrir las impertinencias de su vanidad y los necios arranques de su amor propio. El vacío se hizo en su rededor y la linda niña se vió tan sola, tan ais-

lada, tan despreciada por todas sus amigas, que pidió llorando á su madre que la sacara de allí. Fué complacida, y al lado de su imprudente madre se acabaron de desarrollar los defectos que su belleza había de cubrir como cubre el agua estancada el cieno de su fondo.

Cuando la niña se convirtió en mujer, tuvo la triste habilidad de crearse en el trato social tantas antipatías y tantas enemistades como en el colegio. Las jóvenes que de buena fe se acercaban á ella atraídas por su simpática figura, pronto se alejaban repelidas por el constante incienso que á sí misma se arrojaba aquella pobre víctima de la vanidad. Los jóvenes que de su arrebatadora hermosura se apasionaban, perdían toda su ilusión al conversar con ella y conocer su corta inteligencia y romo juicio, lo que hacía que se separaran de Blanca diciendo: «¡Qué lástima! Es hermosa como la camelia, mas cual ella sin perfume.» A lo que otros añadían: «Su cabeza es hermosa, pero sin seso.»

Una vez perfectamente conocida por la sociedad que frecuentaba, la pobre niña fué el hazmerreir de esas personas de agudo ingenio y malévolas intenciones que gozan con los defectos ajenos, las cuales se divertían viendo el contraste que ofrecía la hermosura física de Blanca con su nulidad moral.

Rodeada siempre de unos cuantos hombres ligeros, materialistas, de esos que en la mujer no buscan ni alma ni inteligencia, de esos que con la mirada ofenden, con el lenguaje indignan y con el pensamiento profanan, que la asediaban, y de mujeres frívolas que

exaltaban su vanidad para ponerla en ridículo, se halló completamente desdeñada por la parte sensata de la sociedad, compuesta de mujeres de recto juicio y alma generosa y de hombres ilustrados.

Blanca comprendía lo falso de su situación, y el despecho la cegaba hasta el punto de cometer mil inconveniencias que aumentaban su descrédito.

— Amiga mía — decía un día á la única amiga leal que le había quedado, — tú que eres la compañera de mi infancia, que me conoces tanto y tienes tan noble alma como gran inteligencia, explícame lo que me pasa y no comprendo. Dime cómo es que, siendo hermosa y buena, se alejan de mí cual si estuviera apesadada; en qué consiste que muchos jóvenes, después de adorarme, me han dejado sin motivo, y ahora sólo me veo rodeada de hombres que me disgustan, en los cuales siempre encuentro algo de perversa intención.

— ¡Ah, Blanca! — repuso su amiga, — ¡si vieras qué difícil me es contestar á tus preguntas! No puedo hacerlo sin decirte algo duro que quizá te ofenda, y sentiría...

— Habla sin temor; entre nosotras no puede haber ofensa.

— Pues bien, Blanca querida; para vivir en sociedad no basta ser buena, es menester... saber conducirse; y sobre todo, si se tiene gran superioridad en hermosura ó en otras cualidades, lejos de mostrarse envanecida y orgullosa, hacérselo perdonar con la excesiva modestia y la bondad, que la superioridad es un don preciado que el mundo de las medianías sopor-

ta con trabajo y con el cual se muestra siempre duro.

— ¡Saber conducirse!.. — repitió pensativa. — ¿Y eso?..

— Se adquiere con el trato social, con el estudio del mundo y de los seres que nos rodean.

— Yo frecuento mucho la sociedad, y sin embargo...

— Te falta la base para tan difícil estudio. Él exige una ilustración no común, conocimientos generales que den fijeza á la imaginación, solidez á la razón, fuerza al juicio y al alma el instinto analítico necesario para observar y aprender. Tú, despreciando la instrucción necesaria para educar la inteligencia, has sido una mujer hermosa, pero jamás lograrás ser una mujer agradable; tienes la fascinación que arrastra, pero te falta la dulce atracción que cautiva y fija.

— ¡Oh! Cierto que estás bien dura, y al escucharte con la calma que ves, te doy la prueba más grande de cariño y de estimación que cabe en mí.

— Te lo dije al empezar, amiga mía; insististe en que hablara y ya iré hasta el fin. Mecida tu infancia en el eterno himno cantado á tu hermosura, educada en la fatal escuela de la lisonja, no habiéndote ocupado nunca en comprender á Dios ni en conocer al mundo, has llegado á mujer sin la base religiosa que da las virtudes, sin la cultura intelectual necesaria para no descomponer el cuadro social, adorándote á ti misma, rindiendo culto, cual los paganos, á un ídolo, tu belleza, y te has presentado en sociedad diciendo con tu aire y tu mirada: «Yo y sólo yo.» Queriendo sobresalir siempre, has ofendido á las mujeres y he-

cho reír á los hombres: he aquí la causa de que unas y otros se aparten de ti, dejándote sólo una corte de mujeres frívolas y de hombres... vanos. Como antes te he dicho, la mujer que por algo sobresale una línea del común nivel, necesita doble dosis de buen juicio, de bondad, de virtudes y de recto criterio, porque es la piedra de toque de nulidades y envidiosos, de los cuales sólo puede defenderse con el sólido escudo de sus cualidades morales. Ahí tienes explicado lo que te pasa y por qué te pasa.

Blanca quedó un instante preocupada.

— Quizá tienes razón — murmuró. — Tú sola has tenido el valor de decirme la verdad y te lo agradezco; pero... ya es tarde para poner el remedio.

— No, mi buena Blanca; la bondad con que me has escuchado prueba que tu alma es tierra fértil para recibir la buena semilla, y que tu inteligencia responde al llamamiento de la razón. Nunca es tarde para el bien.

— Para desechar mis malos hábitos, necesitaba una gran fuerza de voluntad.

— Tenla.

— La frívola atmósfera que me rodea me ha quitado la energía necesaria para ello.

— Querer es poder, Blanca. Si quieres, la adquirirás.

— No insistas, amiga mía; me harías sufrir inútilmente. Como has dicho, la idolatría de mi propia hermosura llena mi alma, y ya no puedo variar. Como soy seré, aunque lo sienta.

.....

Blanca no varió, en efecto; siguió como siempre frívola y más que nunca entregada al mundo.

Una noche que había gran baile en una de las casas que frecuentaba, se atavió con sus mejores galas para asistir á él, puso todo su esmero en estar más que nunca deslumbradora, porque aquella noche se decidía su suerte: iba resuelta á aceptar el amor de un joven de gran posición que, aun cuando con algunas intermitencias, la pretendía de larga fecha y era el único que había logrado interesar su corazón. Satisfecha de sí misma, llena de esperanzas para el porvenir, fué en busca del triunfo, tan arrogante como el general que cree ganada la batalla; pero ¡ay! que la esperaba un nuevo desencanto.

Su adorador, que acompañaba asiduo á una hermosa joven, se contentó con hacerla un frío saludo y continuó entregado á su tierno idilio.

Pronto supo que aquélla era su futura esposa y que se casaban muy pronto.

Blanca sintió que toda su sangre subía en ardiente oleada á su cerebro enloqueciéndola; oyó las hipócritas frases de insultante compasión de unas y recibió como latigazos las ironías de otras, consiguiendo al fin dominarse. Animada y risueña, más hermosa que nunca por el fuego de la fiebre que caldeaba sus mejillas y hacía brillar sus ojos, bailó y rió como ninguna, despertando la admiración general; pero el esfuerzo realizado fué tan grande que su cabeza estallaba de dolor y la sed insaciable de la fiebre la consumía.

Siempre riendo, con la risa de la tensión nerviosa que la sostenía, se tomó helado sobre helado sin conseguir apagar aquella sed abrasadora.

Cuando tras aquellas horas de espantoso tormento, que ella esperó pasar tan agradables, la pobre Blanca se encontró en su lecho, la fiebre tomó proporciones aterradoras, y después vino el ataque cerebral acompañado de la espantosa enfermedad enemiga de la belleza: la viruela.

Todo el cariño de la atribulada madre, el cuidado de la familia y el esfuerzo de la ciencia fueron necesarios para salvar su vida de ataque tan fulminante, y lo lograron; pero Blanca ya no fué la misma.

Así que estuvo en estado de pensar y desapareció de sus ojos la hinchazón que los cegaba, pidió un espejo y al verse tal cual era perdió el sentido. Estaba completamente desfigurada; de su soberbia hermosura no quedaba más que el ardiente fuego de la mirada.

Pasada la crisis y curada del todo, tuvo que resignarse. Sus buenas condiciones morales, libres de la vanidad que las torció, brillaron como claro fanal de un alma hermosa; su juicio, pasando por el estrecho crisol del sufrimiento, adquirió la solidez que le faltaba; las buenas lecturas y el estudio hicieron su conversación agradable y variada, su trato afable, y si dejó de ser hermosa, fué en cambio simpática y atractiva, tanto que, cuando transcurrido bastante tiempo se presentó de nuevo en sociedad, su actitud resignada y tranquila conquistó todos los corazones, su

cambio encantó á cuantos antes huían de ella, y aunque no tuvo á su alrededor la corte de necios que antes la asediaban, escuchó las frases más halagüeñas de simpatía de labios que podían enorgullecerla.

Un honrado joven que la había amado de veras y que se retiró no atreviéndose á cargar con aquella frívola mujer enamorada de sí misma, la encontró tal como él la quería con el cambio de hermosura por virtudes, y la hizo su esposa.

Blanca gozó en su matrimonio de cuanta dicha es dado alcanzar en este mundo, y solía decir sonriendo:

— ¡He comprado la felicidad con mi belleza! ¡Dichoso el día que la perdí! Con mi ejemplo haré ver á mis hijas que no es la hermosura la primera cualidad de la mujer, sino un adorno secundario, y que la vanidad es una de las peores enfermedades del alma.



Pablo escondió la cabeza entre sus manos...

JUSTICIA DE DIOS

I

En una extensa llanura, rodeado de lozana y vigorosa vegetación, adornado por infinitas huertas que dan riquísimos frutos y por innumerables jardines poblados de encantadoras flores en cuyos cálices perfumados parece palpitar el espíritu divino del Creador del mundo, y bañado por un río poderoso que con su continuo movimiento besa cariñoso la tierra,